

CARLOS ALDUNATE, s. j.

**CARISMAS,
CIENCIA**

**Y
ESPIRITUS**

EDICIONES PAULINAS

Colección

CARISMA

6

CARLOS ALDUNATE, S.J.

**CARISMAS,
CIENCIA Y ESPIRITUS**

2ª Edición

EDICIONES PAULINAS

Con las debidas licencias

© EDICIONES PAULINAS
Vic. Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.), Chile

Impresor: Pía Sociedad de San Pablo
Vic. Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.), Chile
2ª edición - Junio de 1988
Impreso en Chile - Printed in Chile

INTRODUCCION

Una de las novedades de nuestro tiempo es un florecimiento de los carismas en la Iglesia Católica.

Hay grupos de oración en que se oyen profecías, acontecen curaciones, se canta en lenguas desconocidas. Lo que hasta hace poco se consideraba extraordinario, quizás mitológico, comienza a ser frecuente. Se habla de un "nuevo Pentecostés" (38).

Los hechos son innegables. La dificultad está en la interpretación. ¿Se trata de "puros milagros", es decir acciones maravillosas de Dios en que no intervendría ningún elemento natural? ¿Pueden asimilarse estos fenómenos a los que vemos en el espiritismo: invocación a fuerzas del más allá, trances, emotividad colectiva, manifestación de la credulidad popular? ¿Puede reducirse todo a fenómenos parasicológicos?

Karl Rahner pondera "la importancia de reconocer los dones del Espíritu Santo cuando aparecen, para que puedan ser fomentados y no ahogados por la incomprensión y la pereza intelectual"... pero "esto no es muy fácil... Lo carismático es esencialmente nuevo y siempre sorprendente" (30, p. 82-83). Además, las explicaciones que se dan de los hechos nuevos contribuyen muchas veces a la confusión.

Este libro pretende aportar luz sobre la naturaleza de los carismas. Siendo el hombre un punto de intersección donde convergen tres mundos: la naturaleza con sus fuerzas visibles e invisibles; el mundo de los espíritus, y el de la gracia de Dios, debemos ubicar los fenómenos carismáticos con respecto a estas esferas, esencialmente diversas, aunque compenetradas en la realidad de nuestra vida.

La investigación se fundará en la experiencia. En primer lugar examinaremos lo que la ciencia nos dice sobre las capacidades humanas. Ha descubierto que estas capacidades son más amplias, de lo que se suponía antes. Puede atribuirse a causas naturales mucho de lo que antes se consideraba "milagroso".

En una segunda parte trataremos del mundo de los espíritus, porque lo carismático alcanza también ese mundo. Aquí también abundan los hechos que deben ser examinados cuidadosamente.

La tercera parte se centrará en los carismas. Examinaremos principalmente los de iluminación que enumera san Pablo como "palabra de sabiduría, palabra de ciencia, profecía, discernimiento de espíritus, diversos géneros de lenguas, interpretación de lenguas" y los de armonización: "dones de sanidades, fe, milagros" (I Co. 12,8-10). Estos carismas no abarcan "el elemento dinámico de la Iglesia" en todas sus dimensiones, pero lo que se dice de estos carismas no-institucionales será valedero para los carismas "de oficio", en cuanto al objeto de este estudio.

Todo lo anterior nos permite examinar, en una cuarta parte, varias relaciones de carisma y persona-

lidad. Lo carismático no es una anomalía sino parte integrante de una personalidad armoniosa y plena. Estamos en un terreno en que concurren la naturaleza y la gracia. No entramos de una manera especulativa en el problema de lo natural y lo sobrenatural, pero las experiencias que estudiamos iluminan ese problema.

Agradecemos a todas las personas que han hecho posible este libro. Sólo Dios las tiene presentes a todas. Ruego para ellas su bendición. Esperamos que estas páginas contribuyan a comprender mejor la obra del Señor "para alabanza de la gloria de su gracia" (Ef. 1,6).

EN EL CAMPO CIENTIFICO

Cada ciencia abarca cierto campo de la naturaleza y lo estudia bajo determinado punto de vista. Hay muchas ciencias que estudian al hombre. Entre éstas hemos escogido algunas.

No pretendemos tratarlas a fondo sino solamente mostrar que abarcan fenómenos muy semejantes a las manifestaciones carismáticas; más aún, quizás varias de estas manifestaciones pueden incluirse como casos plenamente clasificables dentro de una ciencia.

A la ciencia no le toca pronunciarse sobre el significado religioso de un fenómeno, pero sí sobre el fenómeno mismo: si cabe o no dentro de las leyes que rigen esa clase de fenómenos.

La meteorología podrá darnos muchos datos sobre las tempestades que se producen en el lago de Genezaret. Es un lago de agua dulce, hundido en una depresión, rodeado de cerros y quebradas por donde se precipitan vientos del desierto. La ciencia nos dirá si las tempestades se producen repentinamente; si cesan repentinamente. La ciencia no nos dirá si fue un milagro o no el gesto de Jesús que apaciguó la tempestad; pero nos dirá hasta que punto este hecho puede coincidir con fenómenos que son explicables por causas naturales en el lago de Genezaret. Al teólogo le tocará tomar en cuenta los datos

científicos, examinar la narracion del Evangelio y ponderar el valor de "señal" de ese episodio.

De igual manera los carismas no se producen dentro de un vacío científico. Las ciencias nos permiten ubicarlos entre otros fenómenos similares y nos permiten valorarlos mejor.

1. *La Psicofisiología*

Ponemos bajo este título diversas investigaciones que estudian el influjo de la mente sobre la fisiología humana.

Un campo muy grande se abre con el descubrimiento del BFT (Bio-Feedback Training). En BFT el deseo o voluntad, influye sobre la relajación de los músculos, el latido del corazón, la presión arterial, la producción de ondas cerebrales alfa (6).

Un aspecto interesante de este control es el estudio de la "concentración pasiva". La voluntad no tiene un dominio directo sobre el proceso de relajamiento. Una concentración activa es contraproducente; como el deseo impaciente de dormir ahuyenta el sueño, no lo induce. En cambio, la concentración pasiva consiste en un deseo que se traduce en "dejemos que suceda" y el efecto deseado sucede de hecho (6, p. 146).

Nos encontramos con fenómenos afines en el estudio de la *bioenergía*. Por medio de "fotografías Kirlian", obtenidas con descarga eléctrica, se comprueba un halo que rodea las sustancias orgánicas vivas. El tamaño de este halo indicaría la intensidad de la "energía vital".

Se hicieron una serie de experimentos sobre traspaso de esta energía entre un hombre sano y uno

enfermo. El sano imponía sus manos durante veinte minutos sobre el enfermo. Al fotografiarse los halos de las manos del sano y del enfermo, antes y después del contacto, se verificó generalmente (no siempre) un traspaso de energía del sano al enfermo y éste experimentaba mejoría (21, p. 51). Otros han discutido el valor de estos experimentos (25, n. 23).

La Bioenergía se desplaza no solamente por contacto físico, sino también por la *visualización imaginativa*. El mismo paciente y otras personas con él, se imaginan la salud del órgano enfermo, o el proceso de curación; y de hecho se produce un mejoramiento parcial o total (21, pp. 64-66). Este uso de la imaginación se relaciona con la concentración pasiva que mencionamos más arriba. Sin duda, estos hechos arrojan luz sobre el carisma de curación.

El BFT ha impulsado al estudio de las *ondas cerebrales y estados de conciencia*. El cerebro humano produce cuatro tipos principales de ondas; éstas se asocian a cuatro estados en que puede encontrarse el hombre.

Beta (de 13 a 28 ciclos por segundo) es la onda más común en nuestro estado de actividad y vigilia. *Alfa* es una onda más tranquila (8 a 12 ciclos) y caracteriza un estado de conciencia relajada pero vigilante. Su amplitud está relacionada con la profundidad de la concentración. *Theta* (4 a 7 ciclos) caracteriza la somnolencia y la producción de imágenes hipnagógicas (de entresueño). *Delta* (1 a 4 ciclos) acompaña al sueño profundo (16, p. 33 y 6, pp. 353-355).

La onda que más nos interesa es la Alfa, porque es la que predomina en las diversas formas de oración. El sólo hecho de cerrar los ojos (o dejar de enfocar un objeto preciso) ayuda a un aumento de

Alfa. La relajación muscular también es favorable. En cambio las ondas Alfa tienden a desaparecer con el trabajo mental, la actividad visual y la frustración (6, pp. 364 y 375).

Los que producen más Alfa en los experimentos BFT son los que han perdido toda conciencia de lo que los rodea, y toda conciencia de tiempo, se han sentido de alguna manera "disueltos" en luz o absortos en fantasías (6, pp. 375, 379). Este estado resulta terapéutico para los que sufren de ansiedad. Es también un estado de receptividad; en ese estado se está más abierto a la sugestión hipnótica (6, pp. 385-6).

Se ha observado con asombro que la actividad Alfa, aunque es de gran concentración en lo interior, resulta en un desgaste diferente del de la atención al exterior. Se trataría de dos clases diversas de atención (6, pp. 382-383). Los practicantes de la meditación Zen, producen gran cantidad de Alfa al separarse del mundo material y disolver la identidad personal en una unificación más profunda de la vida (6, p. 383).

Aquí nos encontramos con un hecho sorprendente: la oración mística ¡con sus ondas alfa! resulta ser "un terreno en que se encuentran no solamente los creyentes de varias religiones diferentes, sino también... los psicólogos, psiquiatras, neurólogos, físicos, biólogos y otros muchos" (12, p. 51).

2. *La Parasicología.*

"Es la ciencia que tiene por objeto la comprobación y análisis de los fenómenos a primera vista

inexplicables, pero que presentan posibilidad de ser resultado de las facultades humanas" (26, p. 21).

Esta definición alude a una manera de proceder en esta ciencia. Se procura esclarecer la realidad de cada uno de "los fenómenos a primera vista inexplicables"; luego se clasifican. Se supone que los fenómenos que se dan con cierta frecuencia "presentan posibilidades de ser resultado de las facultades humanas". Se descubren de esta manera y se estudian capacidades en el hombre cuya existencia se desconocía antes.

Así en el campo del conocimiento la parasicología ha investigado tantos fenómenos de "retrocognición", "simulcognición" y "precognición" que concluye por postular la existencia de *psi-gamma*: "esta facultad de nuestro inconsciente que todos tenemos conoce todo lo que ocurre dentro de nuestro mundo" desde hace siglo y medio en el pasado, hasta siglo y medio en el futuro (26, pp. 79-80).

El descubrimiento de *psi-gamma* hace posible atribuir a una facultad humana mucho de lo que antes se atribuía a causas sobrenaturales, pero ¿*psi-gamma* excluye todo influjo de Dios o del demonio? La parasicología no puede contestar esta pregunta. Dé todos modos *psi-gamma* nos hace pensar en los carismas de iluminación.

La parasicología estudia también fenómenos de *sugestión telepática* (ST) en que un agente se comunica con una persona receptiva. Se dan numerosos casos en que una persona en peligro, piensa en un ser querido; éste capta, muchas veces, visualmente, la situación peligrosa en que se halla el agente. La ST implica alguna manera de influjo dirigido del agente a la persona receptiva, y podría ser compa-

rada con muchos carismas de iluminación y de armonización.

Otros fenómenos se agrupan en la *telequinesis*: acción parasicológica sobre objetos a distancia. Esta acción es imperada por una voluntad consciente, o bien, lo que es más frecuente, por un influjo inconsciente. Habría una capacidad natural en el hombre llamada *psi-kappa* para producir efectos físicos por medio de fuerzas puramente mentales. "Estos fenómenos son todavía muy discutidos" (26, p. 85), pero también este estudio podría ayudarnos a propósito de ciertos carismas.

Lo dicho no pretende presentar todo el campo de la parasicología, pero basta para indicar el aporte de esta ciencia a un conocimiento más cabal de las capacidades humanas que pueden entrar en juego cuando Dios quiere que sean vehículo de su gracia.

Los progresos de la ciencia nos han ampliado nuestros conocimientos. Antes, cuando se conocían menos las capacidades paranormales del hombre, se suponía demasiado fácilmente que lo extraordinario debía ser sobrenatural: un milagro de Dios o una intervención diabólica. Hoy día, comprendemos más profundamente la realidad.

Ante un hecho sorprendente debemos preguntarnos: ¿es milagro? ¿es una acción divina a través de canales parasicológicos? ¿es parasicología sin ningún significado religioso? ¿es patología? ¿es acción del demonio?

Un más amplio conocimiento de las posibilidades humanas ayudará al discernimiento, no sólo del carismático, sino también del pastor de almas y del científico. Todos necesitamos ampliar nuestra visión de las maravillas creadas por Dios, pero sin olvidar lo que nos enseña el Eclesiastés: "Cuando contem-

plé las obras de Dios concluí que el hombre no puede descubrir todo lo que se ha hecho bajo el sol. Aun cuando el hombre investigue trabajosamente, no lo descubrirá todo; y aunque un estudioso diga que comprende, no lo logra completamente" (8, 17).

3. *Tradiciones orientales y esotéricas*

Las religiones y filosofías orientales han explorado durante milenios los estados interiores del hombre acumulando así conocimientos y experiencias de gran valor.

Por otra parte, en todos los tiempos el hombre se ha sentido atraído por lo misterioso y lo sobrehumano. De allí el interés por doctrinas ocultas y "superiores" (gnosticismo), por fórmulas secretas de fuerzas materiales como en la alquimia, astrología, etc. Podemos reunir estas doctrinas en la categoría de lo esotérico.

Las tradiciones orientales y las esotéricas difieren mucho de las observaciones científicas. Pero pueden ser materia de estudio como productos humanos. Karl Jung ha mostrado cómo se reflejan en esos productos las imágenes del inconsciente colectivo, y la sicología estudia el poder sugestivo de tales visualizaciones.

Para comprender que todo esto puede traer aportes valiosos al estudio de lo religioso, recordemos el simbolismo arquetípico de muchas imágenes bíblicas (agua viva, luz, oscuridad, fuego, cielo en lo alto, viento, infierno en lo bajo, adelante, atrás, derecha, izquierda etc.). Recordemos también el simbolismo con que se revisten muchas visiones, el valor

expresivo de los gestos y de las posiciones del cuerpo, la visualización que se emplea en muchas oraciones de curación.

Aún las supersticiones populares contienen tesoros de psicología. Es perfectamente valioso extraer de esas supersticiones un mayor conocimiento de las dinámicas humanas, y apreciar cómo iluminan lo religioso y lo carismático.

4. *Sistemas de control mental.*

Aquí parecemos salir del campo de las ciencias y entrar en el de las aplicaciones; pero estos sistemas presentan resultados, y estos resultados pueden ser estudiados objetivamente y ser comparados con los carismas.

En este párrafo incluimos cursos de control mental, diversas escuelas de yoga, meditación Zen, meditación trascendental, etc. Estos sistemas tienen de común el esfuerzo por el perfeccionamiento propio. Desarrollan capacidades psicológicas y algunas parasicológicas.

No carecen de peligros, pero para el investigador de los carismas pueden ser fuente de información.

Vale la pena mencionar brevemente estos peligros. Desde luego hay riesgos serios en el desarrollo de las capacidades parasicológicas.

En efecto, Oscar G. Quevedo observa que "no debemos fomentar" las capacidades parasicológicas: fomentarlas "es un atentado contra la sobrevivencia humana", porque el cuerpo "no resiste" estas fuerzas (26, p. 111).

Los yogis también advierten la necesidad de un maestro por el riesgo de desatar fuerzas psíquicas incontrolables (véase 21, pp. 380-81).

Otros sistemas dirigidos por maestros experimentados no presentan el peligro de desequilibrio mental, pero pretenden un perfeccionamiento del individuo, un progreso de serenidad, control, iluminación interior que lleva fácilmente al ego-centrismo. "La mística basada en técnicas como el Yoga y el Zen no conducen más que a la percepción de uno mismo" (29, p. 18).

Este juicio puede parecer excesivamente severo, pero los resultados demuestran que se cae en este peligro cuando no hay una fe que evite la distorsión de la personalidad.

Como la cosmovisión es de importancia en todo sistema que pretende la integración total del hombre, estos sistemas de control mental suelen incluir una teoría religiosa o filosófica.

Algunas teorías se inspiran en el oriente: Karma (o destino personal), reencarnación, etc. Otras incluyen influjos astrales, flúidos etéricos, panteísmo en una u otra forma. Otras mezclan "misas negras", magia, espiritismo. Algunas teorías son de una confusión tan increíble que merecen el nombre de "filosofía-ficción" (p. ej. 14).

Solamente la verdad nos salva y esa verdad es Jesucristo (Jn 14,6). El error contenido en las teorías de control cerebral produce diversos frutos, siempre malignos.

Lo dicho aquí no significa una condenación absoluta de todas las técnicas de mejoramiento personal. Hemos señalado los peligros, y estos son inevitables cuando no hay una cosmovisión inspirada por la fe en Dios, pero hay técnicas que pueden ser de

utilidad con tal que se cumplan, las condiciones siguientes:

a) tener una fe explícita en Jesucristo, único Señor, una fe alimentada con la Escritura y la liturgia;

b) usar estas técnicas como simples técnicas que nos ayudan para servir mejor a Dios;

c) usarlas en plena apertura y docilidad al Espíritu del Señor.

Explicaré brevemente: “El error radical consiste en exigir de los medios, cualesquiera que fueren, más de lo que pueden dar” (8, p. 198). La ilusión comienza cuando se espera de ellos una visión total del mundo. Hacer de ellos una sabiduría que dé sentido a la vida, es centrarnos en nosotros mismos (véase 7, p. 233).

El fundador de la Meditación Transcendental escribe: “El conocimiento es la base de la acción. La acción es la base del logro. El logro es la base de la plenitud. Establecidos en el hogar de todo el conocimiento, uno se eleva espontáneamente al plano potencial de la acción, del logro y de la plenitud” (20, p. 3). Un cristiano encuentra la plenitud en Cristo (Flp. 1,21); no puede aspirar a una plenitud centrada en sí mismo, en los propios actos de conocimiento.

Indudablemente, “todo lo que desarrolla al hombre debería desarrollar también la fe cristiana” (16, p. 21), pero muchas de estas técnicas de desarrollo incluyen elementos que son incompatibles con la fe cristiana.

Por último, aun cuando estas técnicas, encuadradas en la cosmovisión cristiana no presenten aparentemente ningún peligro, el seguimiento de Cristo

exige fidelidad a su Espíritu. No todo lo bueno (en abstracto) es la voluntad de Dios para mí ahora (Véase I Co 10,23).

Conclusión de la 1ª Parte

Los capítulos anteriores nos ayudan a colocar los carismas dentro de un cuadro de referencia más amplio. Hay fenómenos naturales muy semejantes al conocimiento carismático, a la curación, la profecía; y estos fenómenos se efectúan espontáneamente o en laboratorios sin ninguna significación religiosa. Hay desarrollo de estados interiores que se parecen a la oración y que no son oración.

Estos hechos nos obligarán a afinar nuestros conceptos cuando tratemos de los carismas.

II Parte

ESPIRITUS BUENOS Y MALOS

La realidad no se limita al universo material. El hombre siempre ha tenido contacto también con un mundo espiritual; y Dios nos ha revelado no poco sobre este mundo.

En esta parte del libro no me detendré en la apertura del hombre a Dios, sino a las relaciones del hombre con el mundo de los espíritus creados: ángeles, demonios, espíritus de los difuntos. Y estas relaciones solamente nos interesan en cuanto atañen a los carismas.

1. Los ángeles

La Sagrada Escritura y la Tradición de la Iglesia "presentan a los ángeles como creaturas... en relación con todo el cosmos... Todo ángel está en el centro del universo, relacionado *servicialmente* con la totalidad de lo creado por Dios. Los ángeles forman el contexto y el ambiente del hombre en la Historia de la Salvación. Muy lejos de ser dos grandezas heterogéneas, ángeles y hombres convergen en su carácter de creaturas, y convergen también para el mismo y único fin sobrenatural. Cristo, en cuanto hombre, es la plenitud de toda creación, también de la angélica; Cristo es cabeza de los án-

geles..." Y concluye el P. Terra: "por consiguiente, conforme a la Revelación Cristiana, los ángeles son seres ordenados esencialmente a la Historia de nuestra Salvación" (41, p. 254).

El P. Karl Rahner dice que los ángeles tienen una relación esencial al mundo material, una relación *pancósmica* (31, p. 23). Por lo tanto colaboran activamente con el plan de Dios para que toda la creación (incluyendo los mismos ángeles) se transforme en "los nuevos cielos y la nueva tierra" (2 Pe 3,13).

Podemos pues suponer una actividad incesante de los innumerables ángeles en el cumplimiento de los designios de Dios; entrevemos un mundo fascinante de armonía, alabanza y servicio. El carisma de discernimiento nos permite reconocer la acción de esos buenos espíritus, no solamente en sus mensajes sino también en otras actividades del plan de Dios. Si la función del ángel es servir, sin duda intervienen los ángeles en muchos carismas: milagros, curaciones, preservaciones (cfr. Mc. 16,18; Ps. 91, 11-12; Hch 12,7-10). Es tradicional la confianza en el Ángel de la Guarda.

Una mayor confianza en los ángeles nos permitiría experimentar más frecuentemente el amor y cuidado que nos tienen, y su deseo de que colaboremos como ellos en los designios de Dios.

2. *Demonios*

Este es un tema más conocido experimentalmente que el de los ángeles. Pero también es un tema bien misterioso. Expondremos primero algunos hechos.

Hoy día es inmensa la variedad de prácticas que se engloban bajo el título general de *lo oculto* u *ocultismo*. Característica común de estas prácticas es el deseo de conocimientos y poderes paránormales que constituyen a sus poseedores en seres superiores. La tentación de “ser como dioses” (Gen 3,5) inspira consciente o inconscientemente todas las formas de ocultismo, exponiendo a sus adeptos a caer bajo el influjo del demonio, aun cuando no lo pretendan directamente.

Las principales formas de ocultismo pueden presentarse en el siguiente orden:

1) *Desarrollo parasicológico*. Ya hablamos de sus peligros generales. El Dr. Harmon Bro escribe que muchas personas logran desarrollar capacidades sin aparentes desventajas, pero que la mayoría se encuentran “embarcadas en un proceso de conducta perturbada, acciones compulsivas, apartamiento de amigos y parientes y, finalmente, síntomas de múltiple personalidad o suicidio” (véase 35, p. 42).

2) *Superstición*. Se atribuyen poderes mágicos a ciertas fórmulas o maneras de proceder.

3) *Astrología*. Aquí la magia estaría en la persona misma, por su nacimiento bajo el influjo de tales o cuales astros.

4) *Adivinación*. El adivino posee capacidades que le permiten conocer de manera extraordinaria lo humano contingente, secreto, distante, futuro.

5) *Espiritismo*. De éste trataremos más en el próximo capítulo.

6) *Magia blanca*. Procura efectos mágicos con el uso de fórmulas y prácticas aparentemente buenas o aun religiosas.

7) *Magia negra*. Busca la influencia del mundo ultrasensible apelando al demonio.

8) *Satanismo*. O culto del demonio.

9) *La entrega de sí mismo al demonio*.

Desde un punto de vista objetivo, todo paso hacia lo prohibido es un pecado; pero son muchos los que entran en el ocultismo por mera curiosidad, por juego, por presión de los amigos, por promesas falsas. Aunque no haya malicia en estas personas, se arriesgan sin saberlo por un camino de sumo peligro. Deben retirarse apenas se den cuenta.

En el influjo diabólico sobre una persona, pueden distinguirse tres grados:

a) *La tentación* que es una invitación al mal, hecha, podríamos decir, desde afuera. Jesús mismo fue tentado por el demonio a pesar de que el demonio no tenía ningún asidero interno en él (Mt. 4, 1-11; Mc 1,12-13; Lc 4,1-13).

b) *La opresión* es un influjo más persistente y peligroso porque el demonio tiene cierto asidero dentro del individuo y parece oprimirlo desde dentro (Mc. 16,9; Lc. 11,26).

c) *La posesión*, en que el demonio se ha apoderado de tal manera de una persona que la gobierna. El caso más dramático en los Evangelios es el de los endemoniados de Gerasa (Mt. 8,28-34; Mc 5,1-20; Lc 8,26-39).

Las posesiones diabólicas son raras. Las experiencias de opresión son muy numerosas y de éstas trataremos. Se experimentan como obsesiones o compulsiones o como bloques internos que impiden entregarse más a Dios.

Muchas se originan en la hechicería o magia (sea blanca o negra). Una catequista me narró lo siguiente: con una hermana suya consultaron a una curandera. Esta les hizo unas señales en la espalda y en ese momento ambas sintieron una impresión. Al poco tiempo las dos mujeres comenzaron a experimentar terribles accesos de agresividad. La catequista se libró con la oración: "a fuerza de Padre Nuestros y Ave Marías", pero la lucha fue dura; duró unos tres meses. La hermana de ella sintió mayor impresión cuando la curandera le hizo las señales en la espalda. Sus agresividades se descargaron principalmente sobre sus hijos menores; los golpeaba brutalmente; una niña estuvo a punto de morir. A causa de estos actos fue encarcelada y examinada en un servicio psiquiátrico.

Otro origen muy frecuente es el espiritismo. Tomar parte en reuniones espiritistas es peligroso, porque para muchas personas es abrir una puerta a la opresión diabólica. Michael Harper, un prestigioso autor anglicano alude a la situación en Inglaterra: "Hemos experimentado que la gran mayoría de las personas que necesitan exorcismo han tenido contactos con el espiritismo" (35, p. 71).

Otro origen es la herida psicológica. Un caso sencillo ilustrará este punto; me lo narró un sacerdote.

"Yo tendría unos 5 ó 6 años. Me había portado mal durante el día y, sin duda, me acusaron a mi padre. Yo estaba ya acostado en mi cama esa noche

cuando entró mi padre, me levantó de la cama y me dio dos o tres palmadas. Para mí la experiencia fue traumática, no por el dolor físico que no fue mucho sino por lo inesperado del castigo. Hace poco pedí a un sacerdote amigo que rogara por mí para sanar esa memoria; porque todavía me dolía. ¡Cuál no sería mi sorpresa al sentir, durante la oración, que subía por mi garganta un punto de irritación! Al mismo tiempo se me presentó a la imaginación un punto negro, irradiante, en un fondo gris. Tosí para expeler lo que sentía era un espíritu malo y experimenté un alivio inmediato, aún físico. Podía respirar mejor. Es de notar que en la niñez (como a los 7 años) comencé a padecer de asma —y esto me duró muchos años”.

La Iglesia tomó en serio el caso de la posesión y opresión demoníaca. En el ritual hay oraciones especiales para la liberación del afectado. En el rito del bautismo hay también exorcismos.

Para la opinión común de los científicos toda creencia en demonios sería resto de supersticiones medievales. Sin embargo escribe el Dr. Elmer Green del Menninger Foundation sobre “seres localizados dentro del hombre, cuyos cuerpos están compuestos enteramente de sustancia emocional, mental y etérica... Pueden obsesionar al hombre, según se dice, con varias compulsiones... y, en casos extremos pueden aún perturbar el funcionamiento normal del sistema nervioso controlando el cerebro a través de diversos centros de energía en el cuerpo humano” (16, pp. 98-99).

¿Qué pensar de todo esto? Es un campo todavía muy inexplorado; pero es necesario investigarlo con objetividad.

Desde luego, a ningún católico es lícito negar en principio la actividad demoníaca. Paulo VI afirma que también en nuestros días "hallamos en el mundo un agente oscuro y enemigo, el demonio. El mal no es ya sólo una deficiencia, sino una eficiencia, un ser vivo, espiritual, pervertido y pervertidor... Quien rehúsa reconocer su existencia, se sale del marco de la enseñanza bíblica y eclesiástica" (23). Además, la Congregación para la Doctrina de la Fe publicó un documento sobre "*Fe cristiana y demonología*" (24). Teólogos como Karl Rahner (31, 32, 33) y J. Martins Terra (41), han escrito sobre este tema. Nadie pone en duda que la doctrina de la Iglesia sobre este punto es clara.

La dificultad está en el discernimiento de los casos concretos: ¿esta persona que tengo delante de mí, está oprimida por el demonio? ¿Qué debo hacer en este momento?

El P. Kloppenburg alude con razón a "las personificaciones o tendencia que tiene todo estado de conciencia a manifestarse en una forma personal distinta del yo consciente" (17, p. 8). De modo que el paciente puede tender a personificar su dolencia, y puede ser inducido a personificarla por las personas que lo rodean.

Pero nuestra posición mental no puede cerrarse a las diversas posibilidades: fenómeno parasicológico, patología síquica, verdadera opresión. El carisma de discernimiento se enriquece y encuentra confirmación con los conocimientos científicos y con la colaboración con personas prudentes y de experiencia.

Sin duda es imprudente imaginarse demonios con demasiada facilidad; pero es también imprudente dejar de usar la autoridad que Cristo nos ha dado

cuando sospechamos con fundamento que uno de nuestros hermanos está oprimido por un espíritu malo. Recuerdo el caso de una religiosa que sufrió de escrúpulos desde 1954 a 1974; se confesaba todos los días y, a veces, más de una vez al día. Había consultado psiquiatras. Fue liberada después de una oración corta y seguía libre de escrúpulos dos años más tarde.

Los buenos resultados de una liberación no son prueba suficiente de que hubiera habido demonio. Pero, aplicando las expresiones de Jesús, ¿se podía permitir que una hija de Dios siguiera encadenada por Satanás después de 20 años de sufrimiento? (Véase Lc 13,10-17). El Cardenal Suenens con sus Teólogos atestiguan: “en la Renovación Carismática se ha comprobado por la experiencia que ciertas personas han recibido una ayuda apreciable a través de un ministerio desarrollado responsablemente y orientado a superar el influjo del demonio” (39, p. 55).

3. *Espíritus de difuntos*

Además de ángeles y demonios, existen los espíritus de los difuntos. En todos los tiempos se han referido casos que parecen comprobar su existencia y actividad. Es necesario distinguir varias cuestiones diferentes.

1) Desde luego hay muchas “ánimas” o “apariciones” que no corresponden a ningún espíritu personal. Se explican como “rastros impersonales dejados en un lugar por habituales acciones huma-

nas de tiempo anterior, o por acciones acompañadas de emoción violenta". Estos rastros suscitan, en personas sensitivas, imágenes de los difuntos que dejaron esos rastros. Esas imágenes fácilmente se transmiten subconscientemente a otras personas de modo que ellas también ven las "ánimas" (Cfr. 35, pp. 195-196). Se trataría, pues, de fenómenos parapsicológicos.

2) En otras ocasiones se trata de verdaderas ánimas, que indican su necesidad de oraciones. Sus apariciones confirman la práctica de rogar por los difuntos para que sean admitidos "en el reposo de Dios" (cfr. Sal 94 (95), 11). Después de un tiempo de sufragios, cesan las apariciones.

No siempre será fácil distinguir entre estos dos casos. Pero notemos que la comunicación espontánea y perceptible de las ánimas con los hombres es mínima. Suele limitarse a la búsqueda de sufragios.

3) ¿Es posible un influjo imperceptible pero quizás más constante de los espíritus de los difuntos sobre nosotros? A propósito de esta cuestión son de interés las observaciones de Karl Rahner. Después de la muerte, "el alma espiritual humana llega a ser... *pancósmica*... Esta relación del alma al mundo (si no se exagera concibiéndola como una repetición de su antigua relación al propio cuerpo) podría implicar que el alma, al entregar en la muerte su limitada estructura corporal, llegara a estar abierta al universo y a ser, de alguna manera, un factor codeterminante del universo", no tanto en sus aspectos materiales sino "precisamente en cuanto el universo es el campo donde se desarrolla la vida personal de otros hombres: seres de cuerpo y de

espíritu". De esta manera, "la persona individual, habiendo alcanzado a ser pancósmica por la muerte . . . , podría llegar a tener un influjo directo dentro del mundo. . . En esta hipótesis, quizás podrían explicarse mejor ciertos fenómenos parasicológicos" (31, pp. 21-23).

El carácter de este influjo, bueno o malo, dependería de la "cualidad moral de cada vida humana, una vez que haya sido consumada delante de Dios" (31, p. 22). En otras palabras, a la hora de la muerte, el alma del difunto entra en la esfera de la luz o de las tinieblas, y su actividad podría asemejarse a la de los ángeles o de los demonios.

4) Estas reflexiones de un eminente teólogo apuntan solamente a una posibilidad. Lo cierto es que las almas de los justos siguen unidas a nosotros por "la comunión de los santos"; siguen formando parte del Cuerpo de Cristo, participando de su Espíritu, capaces de interceder por nosotros y recibir de nosotros nuestros sufragios y homenajes de amor, respeto, admiración. Las almas de los réprobos quedan "apartadas al fuego eterno" (Mt. 25,41).

5) Muy diversos son los fenómenos que se presentan en el espiritismo. En éste, se procura "entrar en contacto con los muertos por medio de personas determinadas, los médiums, y recibir en esta forma revelaciones del más allá" (18, p. 35). También hay casos de curaciones y liberaciones espiritistas.

Ante todo recordemos que este es un campo que está severamente prohibido al pueblo de Dios (Ex 22,18; Lv 19,31; 20, 6.27; Dt. 13,10-14; Hch 19, 18-19; Gál 5,20) y es un campo en que frecuentemente se detecta el influjo del demonio, como apunta-

mos más arriba. La Iglesia Católica ve en el espiritismo una práctica herética porque desvía al hombre del verdadero Dios y lo induce a confiar en la ayuda paranormal de creaturas. Sus prohibiciones (Denz. 2182) quedan confirmadas por el efecto des-cristianizador del espiritismo.

En cada caso particular no importará saber con certeza si actúa un espíritu o un demonio, si se trata de un fenómeno parasicológico o simplemente de una tramoya. Al recurrir al espiritismo, sea verdadero o falso, el cristiano entra en el juego de las "huestes espirituales de maldad" que no cesan "de perturbar los caminos del Señor" (Ef 6,12; Hch 13, 10). "El ángel caído... tiende a la perfección de su propia naturaleza en una autonomía orgullosa, sin la gracia de Dios; por lo mismo se debe esforzar por un perfeccionamiento del universo sin la gracia", y tienta al hombre para que busque él también "una semejante realización autónoma sin la gracia de Dios" (31, p. 53). Por esto, todo ocultismo encierra una idolatría práctica, y abre la puerta a los engaños del "padre de las mentiras" (Jn 8,44).

6) Acabamos de tocar el aspecto personal: la contaminación con el ocultismo; pero hay otra cuestión: ¿los fenómenos espiritistas son realmente causados por espíritus? Este es un problema que es estudiado de diversas maneras.

a) Algunos, limitándose a investigar los fenómenos espiritistas en el plano de la psicología, parasicología y fraude, concluyen que estos fenómenos "son puramente humanos, causados o producidos única y exclusivamente por los hombres vivos de este mundo, y no por las almas o espíritus del más allá" (17, p. 2).

Esta conclusión es propia de los que se contentan con explicar la *materialidad* del fenómeno espiritista, sin abarcar el sentido del fenómeno, los efectos remotos, las intenciones que lo orientan. Se parecen a un mecánico que explica técnicamente el movimiento de un automóvil, pero no atiende a las motivaciones del conductor que lo dirige.

b) Otros se acercan a este problema con principios filosóficos y religiosos, limitando de antemano lo que podrían hacer los espíritus de los difuntos. Concluyen que los fenómenos espiritistas son obra del demonio o superchería (véase 17, p. 1).

c) La teología moderna examina el problema con más amplitud y finura, usando criterios de discernimiento. Si concluimos con Richards que el demonio actúa en el espiritismo, no lo hacemos por razones generales, sino por una comprensión completa del fenómeno juntamente con los efectos remotos y el sentido del conjunto.

Hay curaciones que se efectúan, según se pretende, con la ayuda de los espíritus. "Pero después de un corto tiempo, la curación aparente ha desaparecido y el paciente está peor que antes. Se ha añadido una carga mental y espiritual. A veces está en una situación espantosa". Hay también exorcismos espiritistas que producen un alivio a corto plazo, pero contribuyen a aumentar la confianza en el espiritismo; serían un engaño. "Cada persona que es sanada por medio de fuerzas espiritistas, sufre una herida en su fe. Cae víctima de una especie de maldición espiritista". Lo que se dice de curaciones se aplica a todo otro falso don, como informaciones, predicciones, etc. (35, pp. 73-74).

d) En el plano carismático se procede por el don de "discernimiento de espíritus" (1 Co 12,10).

Aquí no se recurre a razonamientos ni criterios, sino a una iluminación sobrenatural. El carisma consiste en la intuición de la naturaleza del espíritu que actúa. Los criterios objetivos no se desprecian; por lo contrario se aprecian como confirmación del don; pero no dan la penetración y certidumbre del carisma.

De este estudio objetivo no se concluye que Satanás en persona esté produciendo todos los fenómenos espiritistas; pero ciertamente se concluye que en esta forma de ocultismo suelen actuar espíritus malignos que pueden ser ángeles caídos (demonios) o almas de difuntos réprobos (colaboradores de los demonios, según la hipótesis de K. Rahner).

En la III y IV Parte se profundizarán algunos de los puntos tratados aquí.

Conclusiones de la IIª Parte

1. Existen los ángeles; forman parte del universo creado por Dios. Tienen una misión en la historia de este universo e intervienen en ella cumpliendo la voluntad del Señor.

2. Existen también demonios; procuran oprimir al hombre; pero Jesucristo nos dio poder para resistir y para expulsarlos en su nombre.

3. Los espíritus de los difuntos podrían tener algún influjo en este mundo. No lo sabemos con certeza. Pero de todos modos no debemos pedirles comunicación directa de conocimientos o poderes, porque esto es entrar en el campo del ocultismo.

4. El cristiano que vive plenamente su fe goza del carisma de discernimiento de espíritus. Este carisma permite detectar los influjos de los espíritus en manifestaciones que podrían a primera vista atribuirse a diversas causas: carisma, demonio, parasitología, etc.

CARISMAS CRISTIANOS

Hablar de carismas cristianos es hablar de la gracia. Los carismas son gracias, es decir, manifestaciones de Dios en nosotros; son una manera del "amor de Dios que actúa con nosotros y para nosotros", pertenecen a ese "océano de amor que baja de la divinidad, nos inunda y luego retorna a la gloria infinita de la Trinidad" (11, pp. 49-50).

Como toda gracia, los carismas no son *objetos* que el hombre recibe, guarda, incrementa, usa; los carismas son acción creadora de Dios que está presente y actuando en el hombre. "La gracia nunca puede ser una *cosa poseída*, simplemente porque es una vida, incesantemente fluyendo de Dios y volviendo a Dios" (11, p. 90).

También, como toda gracia, los carismas se dan *en la Iglesia y para beneficio de la Iglesia*. No puede concebirse una gracia dada fuera de la Iglesia. Solamente la Iglesia, es decir, el pueblo de Dios unido íntimamente a Jesucristo por su Espíritu, puede participar de la vida de Dios.

1. *Noción general*

San Pablo habla de carismas en I Co. 12,1-7. Carisma es una manifestación del Espíritu para prove-

cho del Cuerpo de Cristo; más en particular, es un don gratuito (luego no depende de méritos o esfuerzos humanos), espiritual (es decir del Espíritu Santo que actúa en nuestro espíritu), que consiste en un poder (o capacidad para efectuar algo) y cuya finalidad es un servicio, en favor de la comunidad cristiana (véase 5, pp. 20-26).

Las palabras claves que usa S. Pablo son: manifestación del Espíritu, para provecho común, don gratuito, espiritual, poder, servicio.

Este don es dado a un miembro del Cuerpo para provecho de todo el Cuerpo. ¿Cómo se realiza esto en la práctica?

La experiencia nos lleva a distinguir entre ciertos elementos permanentes que constituyen el *carisma en la persona* y otros elementos que son ocasionales, es decir, que se realizan *en la acción carismática* cuando Dios quiere manifestar su amor y poder. Al carismático se le da un carisma o capacidad permanente; a la comunidad se le da ocasionalmente manifestaciones del amor y poder de Dios, a través del carismático. (Nótese que es común el uso de la misma palabra "carisma" para indicar ya sea el don permanente en el carismático, ya sea la manifestación ocasional de Dios a través de él).

A los elementos permanentes se refiere san Pablo cuando escribe "a uno es dada... la palabra de sabiduría; ... a otro, dones de sanar ... a otro..." (1 Co. 12,8-10). Estos elementos son virtudes, fruto del Espíritu Santo (Gál. 5,22), que hacen al carismático receptivo para ser usado por Dios como "instrumento escogido" (cf. Hch. 9,15). Dios puede usar a cualquier persona como vehículo de su acción, pero cuando hablamos de "carisma", nos referimos a una persona que ha recibido gracias especiales que la

hacen apta para colaborar de una manera específica con Dios (véase 3, pp. 47-50).

Estas gracias son fundamentalmente las siguientes: un amor abnegado para acudir en ayuda de los hermanos, una gran confianza en el amor y poder de Dios, discernimiento de la voluntad de Dios, docilidad para responder a esta voluntad. Las virtudes enumeradas capacitan al carismático para ser un instrumento receptivo y unido al Señor (véase 3, pp. 50-54).

Los elementos ocasionales suelen consistir en una inspiración de parte de Dios con la correspondiente cooperación del carismático: éste pone un acto humano adecuado al caso. Por ejemplo, pronuncia las palabras de la profecía o impone la mano y ora por un enfermo. Entonces, a través de este canal de su acción, "se manifiesta el Espíritu para el bien común" (I Co. 12,7). Esta manifestación no se limita a las acciones del carismático, ni a los efectos inmediatos (p. ej. la salud del enfermo) sino se extiende al alma de los fieles. La comunidad es "edificada, animada, consolidada" (I Co. 14,3); cada uno de sus miembros se siente renovado interiormente y más unido con sus hermanos.

Esta renovación espiritual de los hermanos en la comunidad es el objetivo principal de los carismas, y es criterio de autenticidad. Supone por lo demás buena voluntad o receptividad en los presentes. El Evangelio nos atestigua que las *señales* hechas por Jesús fueron aceptadas por las muchedumbres, pero rechazadas por los que eran de duro corazón.

Nótese que, según lo dicho, el carismático no recibe un poder nuevo, propio, que pudiera usar a su voluntad para hacer prodigios. El prodigio está siempre en la mano de Dios; El usará al carismático

como colaborador en el momento que El, El Señor, lo quiera usar como "instrumento elegido" (Hch. 9,15-16).

Luego, en toda actuación carismática, nunca faltará:

a) el contexto religioso, en especial la fe en que es Dios quien actúa;

b) la docilidad del carismático para responder a la inspiración de Dios;

c) la colaboración del carismático que pone un acto humano adecuado.

Este acto humano tiene una eficiencia psicológica o parasicológica, sin que deje por eso de ser canal de una acción carismática.

Por lo dicho se comprenderá que no se trata de una acción carismática cuando el contexto es enteramente profano, (p. ej. una exhibición parasicológica);

o cuando el agente humano se cree dueño del poder, como un mago;

o cuando la acción es motivada exclusivamente por iniciativa propia (p. ej. celo indiscreto, emotividad, vanidad...);

o cuando se atribuye al acto humano en sí mismo una eficacia infalible (esto es superstición);

o cuando no hay colaboración humana (p. ej. cuando el hombre es sólo un medium y actúa en él un espíritu).

La noción que hemos dado de carisma se aplica a los nueve enumerados en I Co. 12,8-10: "palabra de sabiduría, palabra de ciencia, fe, dones de sanaciones, obras de poderes (milagros), profecía, discernimiento de espíritus, géneros de lenguas, interpretación de lenguas". San Pablo menciona también

otros carismas como servicio, enseñanza, exhortación, liberalidad en el reparto, responsabilidad en cargos de bien común, misericordia en auxiliar, sinceridad en las muestras de amor (Rm. 12,6-9). Pero lo que digamos de los nueve carismas más típicos, se podrá aplicar a los demás.

Trataremos también de algunas experiencias carismáticas que son propiamente gracias de santificación, ya que "edifican al carismático más bien que a la reunión" (véase I Co. 14, 4). Estas gracias son una predisposición para recibir los carismas; por ellas se suele entrar en el terreno de lo carismático. Por último, el don de enseñanza nos ayudará a comprender muchos carismas que son muy valiosos aunque no llamen tanto la atención.

2. *Experiencias carismáticas y elementos naturales.*

1) *La presencia de Dios.*

La experiencia de la presencia de Dios es notable en muchas reuniones carismáticas y en muchos tiempos de oración privada. De allí pasa también a otros tiempos del día. Esta experiencia puede llegar a ser habitual. Trataremos de la experiencia de la presencia de Dios en la oración.

La persona está generalmente con los ojos cerrados o con los ojos abiertos pero no mirando algo en particular. Ha entrado en oración esperando tener una experiencia de la presencia de Dios. Hay, pues, receptividad y expectación. Si esta expectación ha sido "premiada" es fácil que se forme un acondicionamiento.

Los elementos que he mencionado, son de orden psicológico y neurofisiológico; los ojos no enfocados

y cierta relajación (ayudada quizás por la situación colectiva) favorece la producción de ondas alfa. Se entra así, más o menos, en un estado especial que no es el sueño ni la vigilia activa, ni el estado hipnagógico, sino el de una pasividad o receptividad.

En este estado fácilmente se experimenta lo que se busca: la presencia de Dios, su Espíritu que fluye en nosotros como manantial de aguas vivas, etc. Es decir, se experimenta (se hace sensible) algo que conocemos por la fe, y que confiamos se realiza en nosotros.

Para aclarar este punto, comparemos la Meditación Transcendental (MT) con la oración. La MT conduce a un estado de relajamiento, receptividad, plenitud psicológica por medios profanos; la oración carismática conduce a lo mismo; pero también a experimentar realidades conocidas por la fe como la presencia de Dios, su amor, su orientación; en la MT se busca el relajamiento y la plenitud psicológica en sí mismos; en la oración se busca la alabanza del Señor; el relajamiento y la plenitud se producen también, como resultados secundarios, porque los procesos psicológicos son similares; pero el significado difiere. La MT es un ejercicio de auto-perfeccionamiento; la oración es un acto religioso, de olvido de sí mismo y de amor y de culto a Dios.

Dios está muy cerca; "más íntimo que lo más íntimo mío" decía S. Agustín. La presencia de la Santísima Trinidad en nosotros es lo que se llama *gracia increada*: y esta presencia es viva y operante: nos transforma. "Dios nos ama tanto que nos hace amables a El". Esta amabilidad es creación de Dios.

¿Debe extrañarnos que esta presencia de Dios y su acción creadora sean de alguna manera perceptibles a nosotros en la oración? Si toda oración es

actuación del Espíritu en y sobre nuestra realidad humana, parece natural que experimentemos de alguna manera esta actuación. A un mismo fenómeno pueden concurrir diversas causas. En el caso de la oración no puede excluirse el influjo del Espíritu Santo.

2) *La oración en lenguas.*

Orar en lenguas es orar en un lenguaje expresivo no conceptual. "Esencialmente es un don de oración que permite orar en un nivel más profundo... Su función principal debe encontrarse en la oración privada" (39, p. 52). No es lo mismo que el carisma de lenguas, que como todo carisma, está destinado para la comunidad (véase 4, pp. 16-30; 47-50).

Desde el punto de vista psicológico, la oración en lenguas es uno de tantos medios que ayudan a entrar en el "silencio místico". Estos medios pueden ser profanos como la meditación transcendental con su "mantra" o conjunto de sílabas sin sentido; la meditación zen, que rechaza el pensamiento y las imágenes para acercarse a la "iluminación"; la contemplación de una "mandala" o símbolo de totalidad.

Otros medios son religiosos. "En la meditación de las grandes religiones se progresa avanzando más allá del pensamiento, más allá de los conceptos, más allá de las imágenes, más allá del razonamiento, entrando así a un estado de más honda conciencia o de más intensa presencia que se caracteriza por un silencio profundo" (16, p. 55).

Los místicos del Occidente progresaban de la oración reflexiva a la oración afectiva, a la oración

de simplicidad y a la de silencio. La oración en lenguas es una oración de silencio conceptual.

Pero recordemos que son muy diversas las experiencias asociadas con la oración en lenguas: desde una contemplación "adquirida" hasta grados de contemplación mucho más profundos. Hay sobretodo experiencias muy diversas en cuanto al comienzo de la oración en lenguas. Para algunos fue una explosión espontánea de algo nuevo y desconocido; para otros fue el aprendizaje lento y muy consciente de una nueva técnica de oración (véase 4, pp. 16-30).

En resumen, en cuanto a su materialidad, la oración en lenguas no es algo extraordinario ni milagroso. Pero suele profundizar una oración auténtica; y ésta ciertamente es sobrenatural porque es el Espíritu Santo quien ora en nosotros (Gál. 4,6; I Co. 12,3; Rm. 8,15-16, 26-27). En toda oración verdadera, el Espíritu Santo ora en nosotros; pero este hecho llega a ser mucho más experiencial a partir de una oración no conceptual como lo es la oración en lenguas.

En cuanto la oración en lenguas se asemeja a las técnicas profanas, no conceptuales, produciría los mismos efectos que ellas. Pero en cuanto es oración, es decir un ejercicio de fe religiosa, entra a actuar una efectiva acción de Dios que no se encuentra en las técnicas profanas.

3) *Bautismo en el Espíritu.*

Según Heribert Mühlen el bautismo en el Espíritu es "aquella conversión decisiva del cristiano que en una oblación total de toda su persona, se entrega a Cristo, penetrando así en un nuevo compromiso de fe con El" (22, p. 226).

Ordinariamente esto acontece en un grupo o comunidad; se ora por el hermano que desea abrirse

al Espíritu Santo, para ser en adelante conducido por el Señor. "Es un simple hecho de experiencia que casi todos dicen de sí: Después de este paso, algo se ha modificado en mi vida. Muchos se hacen más espontáneos en su manera de orar... Muchos se encuentran más abiertos para los problemas de los otros hombres, más serenos, menos irritables. Crece un nuevo amor a la Sagrada Escritura, a los sacramentos, a la comunidad parroquial, a la Iglesia en su conjunto... (22, p. 227). Esta experiencia carismática fundamental es una activación, una conscientización del sacramento carismático de la confirmación" (22, p. 232).

Como toda transformación espiritual en el hombre necesariamente se manifiesta de una manera psicológica, no nos debe extrañar que el bautismo en el Espíritu Santo pueda compararse con algunos fenómenos de orden natural. Por ejemplo, en el Entrenamiento Autogénico de Oskar Vogt, W. Luthe y H. Schultz se utiliza la *concentración pasiva* o *expectación confiada y receptiva* del que procura un cambio muscular o mental (3, pp. 145-6; 12, pp. 110-111). La *volición pasiva* resulta ser más eficaz para muchos de estos efectos que la *volición activa*, o esfuerzo activo para lograrlos (véase 6, pp. 145-146 y 16, pp. 110-111).

Podría, pues, haber un elemento de volición pasiva en la eficacia del Bautismo en el Espíritu; pero, a lo más, esta eficacia se referiría a los efectos previstos: habría cierta auto-sugestión, por ejemplo se espera paz y efectivamente se experimenta paz. De hecho muchos efectos del Bautismo no son esperados, y el sujeto mismo experimenta sorpresa al observarlos en sí mismo.

Hay otros efectos más inmediatos que se dan en muchas personas, como sensaciones de calor, de electricidad, emociones profundas, etc. Estos serían más fácilmente relacionados con auto-hipnosis (vea 3, p. 145). Pero, ¿quién podrá reducirlos a mera auto-hipnosis?

En resumen, en el Bautismo en el Espíritu hay elementos que coinciden con efectos explicables en el orden natural. Pero también hay efectos que indican claramente un origen sobrenatural: gracias de santificación, que brotan allí y que siguen creciendo a medida que pasa el tiempo (véase 3, pp. 7-22).

4) *Iluminaciones.*

Incluyo bajo este título varias manifestaciones carismáticas que son de una u otra manera *iluminaciones del entendimiento*:

- *en profecía*, “para edificación, exhortación y consolación de la asamblea” (I Co. 14,3-4);
- *en palabra de ciencia*, para conocer un hecho;
- *en palabra de sabiduría*, para conocer qué hacer o decir (cfr. Hebr. 5,14);
- *en discernimiento de espíritus*, para conocer el origen de un influjo (cfr. I Jn. 4,1; I Tes. 5,21);
- *en diversos géneros de lenguas*, para un efecto semejante al de la profecía (Cfr. I Co. 14, 5. 12);
- *en interpretación de lenguas*, para conocer el sentido de la manifestación anterior (Cfr. I Co. 14,5-28).

En todos estos casos supone san Pablo una comunicación sobrenatural que ilumina al creyente. Jesús mismo habló de tales iluminaciones, por ej.: “en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar, porque no sois vosotros los que habláis sino el Espí-

ritu Santo...". "El os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que yo os he dicho... El os guiará a toda la verdad... y os hará saber las cosas que han de venir" (Mt. 10,19-20; Jn. 14,26; 16,13).

Vemos que la primitiva Iglesia no dudaba del origen divino de estas iluminaciones (Ej.: Hch. 13, 1-2; 16,6-10; 20,23; 21,10-11; 27,23-24). Pero esto no impide que Dios utilice causas segundas muy humanas como cauces de su gracia.

En efecto, Dios es creador del hombre en su totalidad, con todas sus capacidades psíquicas y parapsicológicas. ¿Si el Señor quiere comunicarse con su siervo y actuar a través de él en favor de la comunidad, no utilizará las capacidades que El mismo ha puesto en él?

La intervención divina puede manifestarse de diversas maneras. Una es la selección. El mundo de la comunicación inconsciente es de inmensa variedad y de muy diferente valor. (Recordemos la banalidad de tantos mensajes espiritistas). ¿No se revelará la acción de Dios en la calidad de los mensajes transmitidos?

Es verdad que el carismático está orientado hacia Dios; está receptivo a comunicaciones de Dios; hay momentos en que las pide y espera recibir con gran expectativa. Podríamos decir que extiende sus antenas intuitivas en esa dirección y se hace así especialmente receptivo a conocimientos cuya transmisión sería de un orden telepático selectivo.

Pero aún en ese contexto ¿quién podrá afirmar que allí todo puede reducirse a telepatía o a sugestión? ¿Quién puede excluir todo influjo especial de Dios que quiere iluminar a sus hijos que acuden a El? ¿El Padre que está en los cielos no dará cosas buenas a los que le pidan? (Mt. 7,11).

Por último recordemos la gama inmensa que existe en todo don; desde la "miniprofecía", hasta la profecía importante y profunda hay gran distancia. En muchas instancias no podemos dudar de la intervención de Dios.

5) *Armonizaciones.*

Incluimos bajo este título, varias manifestaciones carismáticas que no son de conocimientos ni de palabras sino de hechos que se realizan en el campo objetivo. Las iluminaciones también tienen un aspecto objetivo: p. ej.: el cumplimiento de una profecía predictiva; la realidad que es revelada por una palabra de ciencia, la correspondencia (o no correspondencia) de una interpretación, etc. Pero los carismas de hechos se realizan casi totalmente en la realidad extramental.

Se pueden llamar "armonizaciones" porque corrigen las deformaciones que el pecado ha producido en la creación; son liberaciones del hombre que ha sido aprisionado de diversas maneras. Por eso, las sanaciones, milagros y prodigios de fe son de una manera especial *señales* de la era mesiánica (Cfr. Is. 11,1-10; 12; 61,1-3).

Aunque las armonizaciones sean muy objetivas y exteriores, hay en estos carismas un aspecto interno al hombre. Lo expliqué en la noción general de los carismas cristianos como elementos permanentes en el carismático.

Trataré ahora en particular de los tres carismas enumerados por san Pablo en I Co. 12,9-10: dones de sanidades, el hacer milagros, fe.

a) *Sanidades.* Los casos son innumerables y de gran variedad en cuanto a la dolencia que es sanada

y en cuanto a la manera de sanación: gradual o instantánea; completa o incompleta, etc.

En la renovación carismática no suele haber un cuidado de verificar lo sucedido. A veces, el relato de los hechos sufre distorsión. Por ejemplo: Se contaba la sanación de una joven que habría estado dos años con el intestino perforado (según una versión) o con el intestino obstruido (según otra versión). Estas son enfermedades imposibles. Un médico la entrevistó y comprendió que se trataba de ulceración del tubo digestivo, enfermedad posible, y cuya sanación había sido realmente inexplicable desde un punto de vista científico.

Muchas enfermedades son psicósomáticas. En ellas la sanación física supone una sanación interior psíquica. Comencemos por ésta:

La sanación interior abarca diversos géneros de males:

- debilidades: falta de fuerza para vencer obstáculos como la pereza;
- compulsiones: p. ej.: hábitos de alcoholismo, gula, drogas, tabaco, masturbación, etc.;
- obsesiones: p. ej.: de culpabilidad, de inferioridad, de ser objeto de persecución, etc.;
- traumas: de muchas clases, que originan odio insuperable, inseguridad, angustia, agresividades.

Esta enumeración no es perfecta, pero basta para indicar el campo inmenso de la sanación interior.

La manera de sanación suele ser la de un grupo (2 ó 3 personas) que oran por la persona enferma. Esta oración contiene elementos de evidente valor terapéutico aun en el plano natural:

- el amor e interés del grupo que ora;
- la confianza en Dios que es invocado;
- la sugestión de una oración que suele describir la salud;
- el contacto físico de las manos sobre el enfermo.

Además se suele contar con la receptividad del enfermo que cree, que se confía a la intercesión de sus hermanos, que se coloca en estado de emitir ondas alfa, que desarrolla una "concentración pasiva", etc.

Se puede contar también en el enfermo con una tendencia básica hacia la salud, hacia la armonía y plenitud. Es una tendencia de todo organismo, y se da, sin duda, en el psiquismo humano como un anhelo hacia la satisfacción y felicidad plena. Quizás se active más este anhelo en un clima de amor y fe.

Pero hay sanaciones que por su rapidez y profundidad parecen sobrepasar las fuerzas puramente humanas. Por lo demás ¿hay fuerzas puramente humanas? ¿No estarán siempre implicadas juntamente con las fuerzas humanas otras fuerzas del bien o del mal? Tocaré este punto más adelante. Cuando se abre el cauce a Dios por medio de la fe ¿no actuará siempre Dios a través de ese cauce que le ofrecemos? (véase 31, pp. 62-83).

La sanación física también ofrece una gama inmensa, desde sanar un dolor de cabeza hasta resucitar a un muerto. Aquí también podemos contar con la

tendencia hacia la vida y hacia la plenitud armónica en ella. Contamos también con la ayuda de la medicina que no pasa de ser ayuda, pero ayuda muy valiosa (véase Si 38,1-15). Contamos también con fuerzas parásicológicas que parecen activar los procesos de sanación y con la bioenergía que ya mencionamos (Iª Parte).

Sabemos por los experimentos de biofeedback que tenemos una capacidad de influir sobre procesos que se creían completamente incontrollables por el querer humano. Este influjo se activa sin duda en los casos en que el primer paso en la sanación de un enfermo parece ser la resurrección de su deseo de vivir.

Pero, aún tomando en cuenta todos estos factores naturales, resplandece en muchas curaciones la acción de Dios que actúa a través de esos factores y por encima de esos factores. Así como los grandes artistas tienen un estilo personal, inconfundible, que se les reconoce aun en las pinturas no firmadas, así también las obras del Señor tienen un estilo, visible para los que creen. En las circunstancias, en la sanación interior que acompaña la curación física, en ciertos detalles, que se repiten con frecuencia, es posible reconocer la mano de Dios.

b) *El Milagro*. Hay muchas sanaciones que se llaman milagros porque parecen exceder una explicación natural. Pero aquí tomamos "milagro" como una manifestación divina en una señal que no sea sanación. Hay "mini-milagros" que a muchos parecerán meras coincidencias, pero que al multiplicarse, indican el cuidado cariñoso y constante que tiene Dios de sus hijos. Hay también milagros notables como la multiplicación de alimentos, por ej.: el

aumento de la leche cada día durante dos meses para nutrir un grupo de niños pobres; el aumento de pintura que permite pintar una gran superficie y ¡aún darle una segunda mano!

El milagro y la sanación milagrosa son sin duda las señales más claras del poder y del amor de Dios. Por esto tienen un lugar tan destacado en los Evangelios.

Aquí también podemos hablar de una tendencia cósmica hacia liberación y armonía. San Pablo toca este punto en Rm. 8,18-23; Col. 1,15-20; Ef. 1, 9-10; y 20-23; I Co. 15,21-28. Con el pecado entró en el universo toda perturbación, dolor y muerte; aun la creación inanimada gime y espera un nuevo orden en Jesucristo; ese renacimiento ya ha comenzado con la glorificación de Jesús y el crecimiento del Reino de Dios que formamos los cristianos unidos a Cristo por su Espíritu. Los milagros son señales del nuevo orden; la oración del cristiano acelera esta armonización que resulta en alabanza de Dios y servicio del hermano.

La parasicología estudia posibles influjos de la mente sobre la materia; hay investigaciones serias. ¿Arrojarán luz sobre algunos de los milagros? Sin duda Dios suele hacer sus prodigios utilizando en parte las vías que El mismo ha creado, pero estas vías no disminuyen el valor del prodigio como signo de la intervención amorosa de Dios.

c) *El prodigio de fe.*

No explica san Pablo en qué consiste. Podemos incluir en esta categoría las preservaciones milagrosas como las que indica Mc. 16,18: "Tomarán en las manos serpientes y si bebieren cosas mortíferas no

les hará daño". Un caso es el de Hech. 28,3-6. También la preservación de una obra como El Pequeño Cottolengo de Turín es un prodigio de fe. En todos estos casos el carisma no consistiría en efectuar una acción milagrosa, sino en tener una confianza extraordinaria en Dios, en su amor y poder (véase Mt. 6,25-34; Lc. 12,22-31).

Aquí repetiremos lo que apuntamos más arriba. Muchos casos no parecerán milagrosos si se toman aisladamente, pero, la repetición, la acumulación, la oportunidad, etc., demostrará muy claramente la mano de Dios. El que tiene la vista limpia será capaz de reconocer que "es el Señor" (Jn. 21,7).

6) *Carisma de enseñar.*

Hay varios carismas, mencionados por san Pablo, que parecen confundirse con actividades ordinarias como servir, enseñar, exhortar, repartir, presidir, socorrer, ayudar, administrar (Rm. 12,7-8; I Co. 12,28). Tomaré uno de ellos, el de enseñar; lo que se diga de este carisma es aplicable a los demás.

Sin duda el Concilio Vaticano II tenía presente esta clase de carismas, cuando mencionó "los más comunes y difundidos" (L.G. n. 12), "los más sencillos" (Ap. Act. n. 3) adaptados "al servicio temporal de los hombres" (G.S. n. 38).

La enseñanza es una actividad que todos conocemos. Ordinariamente requiere cualidades naturales, cursos de estudio y formación, experiencia, preparación próxima para las clases o conferencias.

¿Cabe lugar para un carisma? ¿En qué consistirá?

Las cualidades naturales, la preparación, la excelencia de la enseñanza no justifican hablar de caris-

ma en el sentido estricto. Se necesitan además las virtudes permanentes que mencionamos más arriba: amor a los oyentes, confianza en el amor y poder de Dios, atención a sus inspiraciones, generosidad en responder a la voluntad divina. Entonces el maestro podrá contar con una ayuda especial de Dios, y Dios, cuando y como El quiere se manifestará inspirando al maestro en su enseñanza e iluminando a sus oyentes.

El carisma no prescinde de los factores naturales de la enseñanza y aprendizaje; por el contrario, el carisma se manifiesta a través de ellos. Pero tampoco se reduce el carisma a la suma de esos factores; interviene Dios en el modo y en los frutos; hay una manifestación de amor y poder que resultan ser una *señal* del Señor. El maestro y los oyentes se dan cuenta de que está actuando El.

Así Pablo recuerda: "ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres sino en el poder de Dios" (I Co. 2,4-5). Y del encuentro con Jesús comentaban los discípulos de Emaús: "¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y cuando nos explicaba las Escrituras?" (Lc. 24,32).

3. *Los Carismas y la Vida Cristiana.*

Ante todo debemos colocar los carismas dentro de la riquísima gama de gracias que el Señor quiere operar en nosotros por medio de su Espíritu. Además de los frutos y carismas están también los Dones Espirituales y las Bienaventuranzas. Estos han sido comentados por muchos escritores desde los

Padres hasta los Teólogos de nuestros días (véase 3, pp. 31-51).

Si Dios es amor, El quiere que crezcamos en amor (1 Jn. 3,23-24; 4,7-8). Toda nuestra vida espiritual puede presentarse como un crecimiento en amor oblativo y amor unitivo.

Jesús nos dio ejemplo de amor oblativo en su vida de servicio, de "grano que muere", de entrega completa a la voluntad del Padre. Y este Espíritu de Jesús produce en los que se dejan guiar por él esos frutos de amor, gozo, paz, paciencia...; "fruto o cosecha" que se resume todo en amor de servicio (Gal. 5,22-23; 1 Co. 13).

Los carismas son un fruto de este amor oblativo, amor que nos lleva al olvido de nosotros mismos en ayuda de nuestros hermanos (I Co. 12,31; 13). Hemos visto cómo son ofrecimiento de nosotros mismos para servir a nuestros hermanos, receptividad para ser empleados por Dios como canales de sus manifestaciones.

Pero el Espíritu del Señor quiere conducirnos mucho más allá, a un amor de mayor unificación interior y unificación con Jesús. Este amor unitivo supone ante todo una docilidad cada vez más perfecta al Espíritu Santo. Para esto nos da el mismo Espíritu los dones espirituales. Esta doctrina, inspirada en Isaías 11,2 es uno de los puntos centrales de la vida cristiana (13, pp. 268-278).

Siendo dóciles al Espíritu, éste puede transformarnos en imágenes, cada vez más perfectas, de Jesús mismo. "Esta es la vida eterna, que conozcamos al Padre, único y verdadero Dios, por una creciente connaturalidad con el Hijo" (véase Jn. 17,3).

Las Bienaventuranzas son rasgos de Jesús mismo; basta compararlas con la imagen del Mesías que

trazó ya Isaías y que los Evangelios reproducen no sólo con palabras de los evangelistas sino también con las palabras, las enseñanzas y los hechos del mismo Jesús.

Los carismas son importantes para la comunidad y para el mismo carismático; pero forman parte del camino para la transformación en Cristo del individuo y de la sociedad. Los carismas no son la meta del camino sino parte de él. Cada cristiano y la comunidad en su conjunto deben vestirse de Cristo, vivir a Cristo, ser testimonio transparente de Cristo. Este testimonio de una vida transformada es ya el Reino de Dios entre nosotros. Es un Reino imperfecto todavía, pero que se acerca más y más al estado definitivo en que "Dios será todo en todas las cosas" (1 Co. 15,28).

El Espíritu "nos recuerda todo lo que nos enseñó Jesús" (Jn. 14,26) y nosotros debemos "enseñar a todos los pueblos lo que recibimos", "ser testigos" del Señor (Mt. 28,19; Jn. 15,27). Este testimonio lo daremos con carismas, pero sobre todo con nuestras vidas transformadas "reflejando como en un espejo la gloria del Señor... por obra de Su Espíritu" (2 Co. 3,18).

Conclusiones de la IIIª Parte

1. En el carismático el carisma es un llamado del Señor que capacita al cristiano para ser canal de gracia en provecho de la comunidad. El carisma perfecciona el amor de servicio. Es una gracia ministerial.

2. Esta capacidad tiene un aspecto sobrenatural: el amor, la fe, la prontitud para ser guiado por Dios en una acción de servicio. Tiene también un aspecto natural: cualidades de cuerpo y alma, sensibilidad parasicológica, etc.

3. En el momento de la acción carismática, Dios actúa a través de su instrumento humano con todas sus cualidades naturales y sobrenaturales. La acción de Dios varía según su voluntad y también según la cooperación humana.

4. Debemos dar a los carismas su valor justo dentro de la vida cristiana, sin sacarlos de su contexto, sino incorporándolos en el testimonio y servicio con que se construye la comunidad.

CARISMA Y PERSONALIDAD

Las incursiones por el campo científico, por el de los espíritus y por el de los dones carismáticos nos invitan a intentar una síntesis: carisma y personalidad. Esta síntesis ha de basarse en *todo* lo que conocemos del hombre; es decir en los datos que nos ofrece la ciencia, nos descubre la revelación y nos aporta la experiencia.

1. *Estructura de la personalidad*

Sobre estructura de la personalidad hay estudios de mucho valor (p. ej. 19). No pretendo resumirlos aquí, sino tomarlos en cuenta y complementarlos con la concepción paulina, según el objetivo que buscamos en estas páginas.

1) *Diversas Dimensiones.* El hombre es un ser capaz de entrar en contacto con los siguientes mundos u órdenes de la realidad:

a) el mundo físico: el de la materia, el espacio, el tiempo; el de los seres vivos y el de los inanimados;

b) el mundo interior de sus propias sensaciones, pensamientos, emociones, voliciones;

c) el mundo social; el de las relaciones interpersonales y colectivas;

- d) el mundo de los espíritus buenos y malos;
- e) Dios; el hombre se comunica con Dios y Dios con él.

2) *La Estructura Individual*. La diversidad de estos contactos supone complejidad en la estructura del hombre. Esta podría representarse como de tres capas de menor a mayor profundidad. Tendríamos:

- a) el cuerpo;
- b) el alma, con su sensibilidad, inteligencia conceptual, memoria, emotividad, imaginación, capacidad volitiva;
- c) el espíritu.

Esta representación es demasiado simple, pero sirve como punto de partida. Es necesario enriquecerla con la concepción bíblica:

a) *El cuerpo* es desde luego, lo que aparece al exterior, pero también indica la totalidad del hombre, "en su solidaridad con la creación, en cuanto hecha para Dios" (36, p. 42).

b) *El alma* es también todo el hombre como "alma viviente" (Gen. 2,7); es asiento de actos anímicos y corporales. Así el alma siente, entiende, concibe conceptualmente, se emociona, desea, decide, tiene sed, oye, tiene hambre...

c) *El espíritu* es la capacidad de abrirse a Dios y recibir su Espíritu. De allí que sea difícil a veces distinguir espíritu de Espíritu, como vienen a coincidir la capacidad receptiva del vaso y el volumen del líquido que la llena completamente. Paulo VI habla a este propósito de "la dimensión vertical, sin la cual el hombre está irremediabilmente mutilado" (1, p. 25).

San Pablo usa esta estructura que hemos descrito, aunque con gran flexibilidad. En I Te. 5,23

ruega que los cristianos sean santificados en cuerpo, alma y espíritu. Para él, el "hombre viejo", el "hombre exterior", la "carne" y también muchas veces "el alma" indican todo el hombre, pero el hombre natural, el hombre que no está abierto a Dios ni lo transmite. En cambio el "hombre nuevo", y el "hombre interior", el "espíritu" es todo el hombre, pero el hombre en que domina el espíritu, "lo que permite un encuentro con el Espíritu de Dios" (36 y 42).

En I Co. 14,14-15, san Pablo distingue mente y espíritu: orar con la mente es usar nuestras facultades anímicas; orar con el espíritu es abrirnos a la acción del Espíritu Santo en nosotros; es suspender las actividades síquicas que dirigimos nosotros para hacernos receptivos al Espíritu y a la oración que él hace en nosotros (véase Rm. 8,15.26).

3) *La apertura social.* El hombre es un ser social. Dios lo creó "hombre y mujer" indicando así una apertura que pertenece a la naturaleza del hombre; pero al redimirlo lo invitó a una nueva dimensión social.

En efecto, al hombre, social por naturaleza, Dios descubrió un misterio de la gracia: "Fue la revelación del cuerpo resucitado de Cristo, no como un individuo, sino como la comunidad cristiana" que incorpora a todos los que vivimos en Cristo, los de la tierra y los ya glorificados (36, p. 86). Jesús comparó esta comunidad sobrenatural a la vid y los sarmientos (Jn. 15,1-8); San Pablo la comparó con la cabeza y los miembros de un cuerpo (I Co. 12,12-27).

Formamos, pues, una comunidad tan estrecha que somos como un cuerpo; cada órgano en comunicación con la Cabeza y con los demás órganos del

cuerpo; cada órgano recibiendo y cada órgano aportando a todo el cuerpo, no viviendo para sí sino para servir al cuerpo; cada órgano creciendo en armonía con el cuerpo y contribuyendo a la armonía y plenitud de todo el organismo (Ef. 4,15-16).

La imagen del Cuerpo es una comparación; pero no hay ningún Cuerpo tan unido, vital y armónico como la realidad que se llama Cuerpo Místico de Cristo; o ninguna ciudad como la Celestial Jerusalén, o ninguna unión conyugal como la de Cristo con su Esposa sin mancha ni arruga que es la Iglesia (véase Ef. 5,23-27).

Estas comparaciones indican una realidad objetiva, atestiguada por la revelación. No somos capaces de experimentar todavía toda la riqueza de esta realidad; pero Dios puso en el hombre la necesidad de la vida comunitaria.

Los carismas responden a esta realidad; son dones a la comunidad y para la comunidad, para que ésta pueda dar testimonio siendo evidentemente el Cuerpo de Cristo. "El testimonio es superación de sí mismo como *entrega de sí*" (22, p. 125).

La experiencia enseña que con el ejercicio de los carismas la personalidad se abre a los demás no solamente en el plano de ayuda particular de persona a persona, sino también en un plano social. El carismático se preocupa por la comunidad; procura mejorar las condiciones materiales y sobre todo cristianizar las relaciones entre los hombres.

Jesús habló del grano de mostaza y del fermento. La renovación carismática en poco tiempo ha cambiado muchas personalidades y transformado ambientes; está construyendo comunidades animadas de un nuevo espíritu; no podemos poner límites

al Espíritu con que Dios quiere “renovar la faz de la tierra” (Sal. 103 (104), 30).

2. *Los actos humanos: múltiples planos*

A pesar de su complejidad, el hombre es uno. Analizamos su personalidad y la representamos como una estructura compuesta, pero hay una unidad vital que puede decir “Yo”. Este Yo actúa en diversos planos con diversas capacidades; suelen predominar algunas sobre otras en cada acto, pero con resonancias de toda la personalidad.

Apliquemos esto a los carismas.

Hemos visto que el carisma consiste en la disponibilidad para ser incorporado por Dios a una acción de El en bien de la comunidad. El carismático es un colaborador de Dios, un portavoz, un transmisor del amor y poder de Dios a los demás. Esta transmisión se realiza ante todo en el plano del espíritu y, a través de nosotros alcanza el espíritu de otras personas. Este plano es suprarracional y es diverso de la emotividad. Los místicos se esfuerzan en describirlo con expresiones como “fina punta del alma”, “cima del alma”, “fondo íntimo del alma” (40, p. 869). En la Epístola a los Hebreos se habla de “la palabra de Dios, viva y eficaz, cortante... que penetra hasta lo íntimo, donde se diferencian el alma y el espíritu” (4,12); San Pablo pide para sus filipenses “la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento” (4,7).

Probablemente pueda darse una comunicación interpersonal que se efectúe exclusivamente en este plano de espíritu a espíritu, pero lo más común parece ser la comunicación también en otros planos.

Por ejemplo la simple lectura de una página del Nuevo Testamento hecha por una persona puede ser un vehículo múltiple del Espíritu de Dios para el auditorio. Es vehículo múltiple porque el lector anuncia conceptos, se expresa con inflexiones de voz, gestos de la mano, emociones; transmite sin duda inconscientemente "ondas" que afectan a los auditores.

Según los parasicólogos, la telepatía es un fenómeno de receptividad más bien que de emisión. Cada hombre difunde espontáneamente su interior; otra persona, que sea intuitiva, capta lo que el hombre difunde. La telepatía depende de las cualidades receptoras del receptor, más que de las cualidades transmisoras del emisor (27, pp. 318-319).

Esta manera de comunicación se daría también a veces en lo carismático: El cristiano A "está lleno del Espíritu Santo" (Hch. 6,3) cuando (invitando al Espíritu y por acción del mismo) se abre plenamente a la acción de Dios en él. Entonces A, aún sin pretenderlo, "esparce el aroma de Cristo" (II Co. 2,14-15) alrededor de sí y este aroma es captado por la persona B. La comunicación entre A y B sería en parte un fenómeno parasicológico.

De esta manera, un acto humano envuelve varios planos del siquismo: conceptual, emotivo, físico, parasicológico. . . , pero habrá generalmente predominio de uno sobre otro. Así también la manifestación carismática es más conceptual en una enseñanza inspirada que en un mensaje en lenguas; hay imaginación en una imagen visual y quizás ninguna en una oración que ocasiona un milagro. Algunas personas experimentan cansancio cuando oran por un enfermo o actúan en una liberación; otros no sienten agotamiento notable. Probablemente los prime-

ros actúan en un plano más emotivo (consciente e inconsciente); los otros, en un plano de fe y amor espiritual.

· La variedad de casos es inmensa; no podemos intentar aquí un estudio completo; sin embargo la experiencia parece sugerir las conclusiones siguientes;

a) Toda manifestación carismática es una comunicación que se efectúa en diversos planos humanos. Uno de estos planos es el del espíritu; éste no puede faltar; es decir, el carismático se comunica *siempre* en el plano espiritual: su espíritu al espíritu de los demás. Casi siempre hay simultáneamente comunicación en otros planos también. La *acentuación* de cada plano varía en los diferentes casos: se puede concebir una sanación que sea más parasicológica que espiritual, sin dejar por esto de ser carismática.

b) La acción carismática es siempre "natural" desde el punto de vista del carismático; es decir, éste nunca pone una acción que sea desproporcionada a sus fuerzas, ni recibe de Dios fuerzas nuevas o extraordinarias que maneje él como propias. El carismático no hace milagros, ni grandes ni pequeños; no es un mago o un superhombre. Simplemente concurre con toda su personalidad, la cual incluye al espíritu, para colaborar con Dios.

c) Se puede llamar "extraordinario" el efecto de la acción, efecto que supera las capacidades humanas del carismático. Toda acción carismática tiene algo de extraordinaria ya que es *signo*, "hace presente y perceptible el Espíritu de Cristo... Fundamentalmente todos los carismas son *señales expresivas* del amor de Dios" (22, p. 178). No importa que la materialidad del acto sea "milagro" o no, pero

lo extraordinario será siempre lo que manifiesta la acción de Dios. En el carisma concurre lo humano y lo divino; y esto último se hace perceptible de alguna manera.

3. *Causalidad mixta; discernimiento*

En el párrafo anterior hemos visto que el carisma es una colaboración entre la acción de Dios y la acción humana. Habría una causalidad mixta.

Podríamos ilustrar esta causalidad de la siguiente manera: cuando un cristiano se siente inspirado a imponer sus manos sobre un enfermo y orar sobre él (según Mc. 16,18; St. 5,14-15) tendríamos:

- a) elementos humanos:
 - corporales: el cristiano impone sus manos, hace contacto físico, ora en voz alta, etc.
 - síquicos conscientes: con deseos, imágenes, emociones;
 - síquicos inconscientes: son los más poderosos desde el punto de vista parasicológico; influyen en el inconsciente del enfermo;
 - espirituales: de apertura a Dios.
- b) elementos divinos:
 - santificación remota: acción constante del Espíritu Santo que integra al hombre en el Cuerpo de Cristo y lo comienza a transformar desde el momento en que fue bautizado;
 - preparación próxima del cristiano que se abre a los carismas: amor, fe, docilidad a las mociones del Espíritu;
 - manifestación del amor y poder de Dios en la curación del enfermo: es una acción divi-

na a través de los elementos humanos. A veces esta acción parece proporcionada a los elementos humanos, y entonces no se habla de milagro. Otras veces excede tanto las fuerzas de la naturaleza, que el milagro es indudable.

Ahora bien, esta colaboración humano-divina debe darse siempre en el que "anda no según la carne sino según el Espíritu" (Rm. 8,4). Toda acción buena del cristiano necesita el influjo directo de Dios; es "la gracia de Dios con él" (I Co. 15,10).

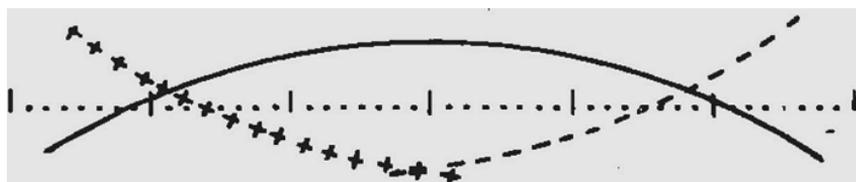
La manifestación carismática es un caso en que es más visible la acción de Dios, en que Dios se quiere hacer más presente, más tangible para la comunidad.

Por el contrario, los que andan según la carne hacen "las obras de la carne" (Gal. 5,19-21). En éstos no aparece la acción de Dios sino una acción del demonio, porque se dejan llevar por "el tentador", "el príncipe de este mundo", (I Te. 3,5; Jn. 12,31). Tendríamos aquí también una causalidad mixta — pero muy diversa de la causalidad anterior.

"Sólo Dios hace existir, sólo El comunica el ser, y de esa manera El es aquello que hay de más interior al ser de la creatura, ya que El es el manantial mismo de su ser, de tal modo que el actuar (y querer) de la creatura libre viene todo de El" (41, p. 259).

En cambio el demonio no puede entrar directamente en nuestra conciencia y libertad; pero, como enseña Paulo VI, "él es el pérfido y astuto encantador que sabe insinuarse en nosotros a través de los sentidos de la fantasía, de la concupiscencia, de la lógica utópica o de los desordenados contactos sociales..." (9).

Entre el extremo positivo de las obras buenas donde aparece claramente la moción de Dios, y el extremo negativo de las malas obras donde se delata la presión del demonio, hay una zona de acciones que parecerían a primera vista "puramente humanas". Pero aun en éstas hay un influjo del "buen ángel" o "del malo" (Cfr. 15, n. 331). Por esto podríamos representar todas las acciones humanas en un gráfico donde habría siempre, en cada acción el elemento humano (aún en las obras más divinas y en las más diabólicas) y siempre existiría también un influjo bueno o malo.



I a I b I c I d I e I f I

En este gráfico la línea horizontal de puntos (.....) representa la línea de observación: por encima aparecen los factores dominantes y visibles; por debajo de la línea están indicados los factores que colaboran, pero de una manera menos visible. Los factores son: la naturaleza humana, siempre, (——), además, a veces el buen espíritu (+++), otras veces un espíritu del mal (-----). Las letras (a-f) sirven para referirnos a diversas clases de actos en este gráfico.

En efecto, analizando los actos humanos según su apariencia, podemos distinguir los casos siguientes:

a) actos admirables donde la acción de Dios es evidente; pero donde también actúa la naturaleza humana. Aún en las acciones más divinas, "la gracia supone la naturaleza" porque en la acción milagrosa colabora el hombre con todo su ser. Por ejemplo: en el milagro de la Puerta Hermosa, Pedro habla al cojo y pronuncia las palabras que usó Dios como vehículo de su intervención: "En nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda" (Hch. 3,4-6);

b) actos en que lo divino y lo humano aparecen combinados armónicamente. Recordemos a Esteban "lleno de fe y de poder" (Hch. 6,8); a Tabita "llena de buenas obras y de limosnas que ella hacía" (Hch. 9,36);

c) actos aparentemente comunes, naturales, pero inspirados y sostenidos por Dios. Es la vida del cristiano que "permanece" en Jesús y Jesús en él (Jn. 14,23; 15,9-11);

d) actos aparentemente comunes, naturales, pero "de procedencia maligna" porque están inspirados "no por la sabiduría que viene de lo alto, sino por sabiduría terrena, animal y diabólica" (Mt. 5, 37; St. 3,15);

e) actos pecaminosos que no disimulan su origen porque "quien comete pecado es del diablo". El pecador se constituye "hijo del diablo... quien ha pecado siempre" (I Jn. 3,8-10);

f) actos claramente diabólicos, en que la maldad parece proceder no tanto del hombre como de un espíritu maligno en él. Para este caso Jesús confirió en repetidas ocasiones el poder de expulsar los espíritus malos (Mc 3,12; 6,7; 16,17; Lc. 10,17).

En resumen: el hombre no sólo es influenciado por el espíritu bueno o malo, sino también parece

abrir la puerta a que estos espíritus participen de alguna manera en el acto humano, bueno o malo.

Evidentemente, el gráfico y la clasificación de los actos humanos simplifican la realidad; representan resultantes. El hombre es muy complejo; en una misma acción suele haber elementos buenos y malos, del Espíritu y de la carne, de Dios y del demonio. Escribe Karl Rahner: "El poder del Maligno se filtra en todas partes...; los espíritus malos se difunden por todo el mundo; en todas las cosas, aun en lo mejor, se da este remolino de impulsos, las fuerzas de las "potestades" y "poderes" del mal. No hay refugio alguno para escapar de ellos, ni la seguridad de que no nos molestarán. En todo tenemos que deslindar el bien y el mal" (32, p. 167-168).

Ahora bien, no siempre es fácil discernir si un acto es influido principalmente por el buen espíritu o por el malo. Sabemos que el demonio puede hacer prodigios (Mt. 24,24; 2 Te. 3,9-12). Cuando un hombre sana por la imposición de las manos, no podemos concluir de inmediato que Dios se ha manifestado carismáticamente.

Jesús dijo que el árbol se conoce por sus frutos. Si la obra es de Dios, los frutos serán un reconocimiento del amor y poder de Dios (Mt. 7,7-11; 12,25-29); reconocimiento de la encarnación y soberanía de Jesucristo (I Jn. 4,1-5); alabanza del Señor que ha visitado a su pueblo (Mc. 2,12). Es decir, la acción de Dios tiene un significado, es *señal*, y produce un cambio en los corazones.

El hombre de buena voluntad está abierto a entender el significado y a dejarse tocar en su corazón. Pero es posible que el hombre se cierre a la verdad y "blasfeme" contra el Espíritu Santo resistiendo a la acción divina en él (Mc. 4,29).

Hablamos, pues de carisma solamente cuando el hombre colabora con la acción divina, es decir cuando:

1. pone al servicio de Dios todo su ser (también con las capacidades parasicológicas que son naturalmente aptas para el servicio de Dios en ese momento);

2. interviene movido por Dios, cumpliendo la voluntad divina;

3. actúa en un contexto religioso, contribuyendo su acción a que al Señor sea manifestado y el pueblo de Dios edificado.

4. *Caminos abiertos y cerrados*

Ya en el plan primitivo, el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios. Además de esto es un ser consagrado: "Dios nos ungió y nos ha sellado y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones" (II Co. 1,21-22), por lo cual nosotros somos "Templo del Espíritu Santo" y no pertenecemos a nosotros mismos (I Co. 6,19).

Hay, pues, caminos abiertos hacia Dios. Toda búsqueda de Dios es según la naturaleza del hombre y, por eso mismo, sana, armonizadora, vivificante para todo el ser humano. La búsqueda de Dios se llama amor, caridad cristiana e incluye necesariamente el amor al hermano, como nos lo enseñó Cristo: servicio con olvido de sí mismo (Jn. 13,13-17). Este amor es fruto del Espíritu Santo; no es una perfección humana que podemos obtener con nuestros esfuerzos (Gál. 5,22).

Los carismas auténticos están en este camino de amor (I Co. 12,31) y su ejercicio "es de prove-

cho" no sólo para la comunidad (I Co. 12,7), sino también para el que es el colaborador de Dios (I Co. 3,9). Si el carisma pone en movimiento mecanismos parasicológicos, esto no nos debe sorprender porque Dios, el autor de toda la operación, utiliza lo que El mismo puso en el hombre.

Pero el ejercicio directo de las facultades parasicológicas parece ser, en general, un camino cerrado, prohibido por Dios; como también está prohibido buscar poderes o información de parte de los espíritus y demonios.

La razón de estas prohibiciones puede ser su peligro para la salud mental como apuntamos más arriba, pero en último término, el peligro es de idolatría. El que busca el poder para sí termina perdiendo su alma porque quiere confiar en algo o alguien con prescindencia de Dios.

Esta búsqueda por caminos prohibidos la describe el Sr. F.F., antropólogo peruano, profesor universitario:

"Comencé lo que en esa época creí que era una búsqueda de Dios... a través de los caminos esotéricos... Creí durante mucho tiempo que mi búsqueda de Dios había sido sincera; sin embargo sé ahora que nunca fue una búsqueda realmente sincera... Hubo ingredientes como el orgullo y... la soberbia generalizada a toda mi personalidad, a todo mi ego... Los caminos esotéricos me ofrecían una exaltación de mí mismo, una personalidad crecida, hinchada, llena de poder. Había una imagen, la imagen del mago poderoso, que se manifestaba a través de todo esto y que en realidad parecía a la larga ser exactamente lo que yo estaba buscando en mi vida... Era también un orgullo intelectual, el orgullo de mi propia opinión. Había muchas cosas (de la Iglesia) que

parecían no ser comprensibles a mi razón. Durante mucho tiempo no pude reconocer la insuficiencia de mi razón...; estaba tratando de ponerle mis propias condiciones intelectuales a Dios.

“Hay todavía otra razón: la incapacidad, la falta de deseo de someter realmente mis propias pasiones. Los caminos que la Iglesia me proponía eran caminos realmente difíciles; exigían una medida muy grande de auto control, de delimitación en mis pasiones, en mis ambiciones... Busqué a Dios fuera de la Iglesia.

“Hay todavía otra razón: no podía comprender las leyes de la Iglesia y... esta razón se vincula con una causa más profunda: el desconocimiento de la verdadera ley que es la ley del amor.

“Si yo hubiese sido dócil al amor, hubiera reconocido que todo eso, el que yo comprendiera o no comprendiera las leyes, el que yo comprendiera o no comprendiera las razones de Dios, el que yo me encontrara o no me encontrara en capacidad de someter mi propio orgullo o de someter mis pasiones no tenía después de todo ninguna importancia.

“Todos los hombres somos igualmente débiles y somos igualmente insuficientes ante Dios; y lo único que podemos hacer ante Dios es, en último término, aceptar su amor. Y al aceptar su amor, amarlo; y al amarlo, no proponernos en último término ni someter nuestro orgullo como meta, ni someter nuestras pasiones, ni someternos a la ley, ni someternos a nada; sino simplemente hacer lo que a Dios le resulta agradable porque a El lo amamos, y hacerlo aún cuando no lo comprendamos, por el simple hecho de que lo amamos”.

5. *Los carismas en Jesús y María*

Si estudiamos la figura de Cristo en el Evangelio, resalta ante todo la plenitud y armonía de su personalidad. Desde el primer momento todo fue crecimiento (físico, psicológico, espiritual, social); creció "en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres" (Lc. 2,52).

De esta perfecta plenitud y armonía, los carismas formaban parte, porque eran parte de su misión salvadora. Personalidad, misión, carismas —todo estaba perfectamente integrado en una unidad armoniosa y plena.

Para el cumplimiento de su misión, Jesús era conducido por el Espíritu, no sólo en las grandes líneas, sino también en las acciones y palabras de cada día. De allí nacía la perfecta confianza en el Padre, el amor profundo y tierno a sus hermanos, el rechazo enérgico del demonio y de todos los que optaban seguir el camino del orgullo y egoísmo. Ciertamente "Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y éste anduvo haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él" (Hch. 10,38).

Podemos aplicar las palabras de san Pablo: Jesucristo no fue *sí* y *no*: todo fue siempre *sí*; toda la voluntad del Padre se cumplió perfectamente en él; él fue receptividad y respuesta perfecta al Padre (véase 2 Co. 1,19-20).

Como Jesús debía ser nuestro Salvador y Maestro, en él se destacaron todos los carismas que hemos estudiado. En cambio en María nos hallamos con una misión diferente y con otros carismas.

En ella también hay perfecta armonía de espíritu, alma y cuerpo; perfecta apertura al Espíritu;

toda la entrega generosa para ser usada por el Señor en sus planes de amor y salvación.

Pero María no estaba llamada a hacer milagros o a profetizar, a echar demonios o a enseñar a las turbas. . . Su misión fue ser la perfecta "esclava del Señor" y servir; su carisma fue de servicio. Y Dios la llamó a un servicio extraordinario en diversas ocasiones: desde luego para ser Madre de Jesús y educadora humilde del niño que debía ser Salvador; fue llamada para llevar la santificación a Juan el Precursor, para interceder ante Jesús por su primer milagro, para acompañar al Redentor al pie de la cruz, para participar en el nacimiento de la Iglesia en Pentecostés. En toda su vida su rol fue de servicio, pero ¡con qué plenitud del Espíritu Santo en ella y con qué bendición para los que ella estaba llamada a servir!

Como Jesús y María, todo cristiano recibe una misión de contribuir al crecimiento de la comunidad en Cristo; y para esta misión está llamado cada cristiano a ser receptivo (en amor, fe, docilidad, generosidad) para ser colaborador de Dios. Si somos receptivos, el Señor actuará a través de nosotros.

Y esta misión deberá formar parte de nuestra personalidad; los carismas no son superestructuras sino una función armoniosa de nuestra personalidad que goza en algunas ocasiones de una unción especial del Señor. Esta unción no deforma la acción humana sino que le infunde, cuando Dios quiere, un dinamismo especial en que se trasluce la acción de Dios.

El carisma, en el cristiano, es una habitual apertura a Dios (para profetizar, sanar, enseñar, o ser en cualquier cosa su instrumento). Cuando Dios quiere, actuará por medio de su siervo de manera admirable

—pero sin desequilibrar la armonía del que contribuye con humildad un acto humano y alaba al Señor que “hace grandes cosas en él”.

La misión y los carismas se integran armoniosamente en nuestra personalidad; no deben faltar en el cristiano que sigue los pasos de Jesús y María.

Conclusiones de la IV Parte

1. Los carismas pertenecen a las dimensiones vertical y social del cristiano.

2. El carismático colabora voluntariamente con Dios; pero al mismo tiempo hay infinita libertad en la acción divina; el hombre no la provoca.

3. La acción carismática proviene de una causalidad mixta: de Dios y del hombre. Pero también hay otras acciones semejantes que provienen de causalidad mixta: del hombre y del demonio. Es necesario discernir.

4. El desarrollo de los carismas es un camino deseado por Dios, y el ejemplo de Jesús demuestra que pertenecen a la plenitud de nuestra personalidad. Pero recordemos (de la IIIª Parte) que los carismas no son todo el camino, ni el término de él.

5. Los carismas auténticos, aún los más sencillos, llevan a Dios. Lo prueba el ejemplo de María; y Dios mismo, su voluntad, su gloria ha de ser siempre la orientación de nuestro vivir.

APENDICE

APLICACIONES PRACTICAS

Los temas que hemos tocado en este libro sugieren varias aplicaciones para la vida del cristiano.

1) Estás llamado a servir a tus hermanos; los carismas te capacitarán para servir mejor.

2) Dios quiere darte carismas; no son poderes mágicos ni milagrosos. Son disposición de mayor caridad, fe y obediencia a Dios que te hará más receptivo para ser usado por Dios para el bien de los demás.

3) El primer paso hacia los carismas es servir, servir a los demás, con olvido de ti mismo y mucha docilidad al Señor.

4) Si quieres estar abierto a Dios debes evitar toda forma de espiritismo y astrología. "Somos del Señor" y sólo en El debemos confiar. Confiar en otros poderes es idolatría; y en toda idolatría están las fuerzas del mal.

5) Ten mucha desconfianza de toda búsqueda directa de poder o de conocimientos paranormales; fácilmente lleva al egocentrismo y a dureza y soberbia satánicas.

6) Los carismas auténticos construyen comunidad, llevando siempre armonía y plenitud en Cristo. En esto conocerás que son acción de Dios, y no "obra de la carne".

7) Los carismas no son, pues, lo principal de la vida cristiana. Busca siempre a Dios, que sea alabado en su Iglesia. Busca servir a tus hermanos en las cosas de cada día.

8) La caridad de servicio y la docilidad al Espíritu Santo permitirán que este mismo Espíritu haga crecer en ti los "dones espirituales" (Is. 11,2). Estas gracias de amor unitivo te permitirán ser más y más conducido por el Espíritu.

9) La acción del Espíritu Santo en ti tiene por objetivo la transformación tuya en Cristo y la transformación de tus hermanos y de toda la sociedad en El. La comunidad cristiana, imagen transparente de Cristo resucitado, es el mejor testigo del Reino de los Cielos. Tú estás llamado a colaborar en esta misión (Cfr. 2, pp. 35-40).

BIBLIOGRAFIA

1. Aldunate, S.J., Carlos, *El Papa y los carismáticos*, Ed. Paulinas, Santiago, 1976.
2. Aldunate, S.J., Carlos, *¿Renovación Carismática?*, Ed. Paulinas, Santiago, 1976.
3. Aldunate, S.J., Carlos y R. Valenzuela, *La experiencia carismática*, Ed. Paulinas, Santiago, 1977.
4. Aldunate, S.J., Carlos y R. Valenzuela, *La oración carismática*, Ed. Paulinas, Santiago, 1977.
5. Bittlinger, Arnold, *Gifts and Graces*, William B. Eerdmans, Grand Rapids, 1974.
6. Brown, Bárbara B., *New Mind, New Body*, Bantam Books, New York, 1974.
7. Choquette, Robert, *Méditation transcendantale (MT) et vie dans l'Esprit*, Relations, Septembre 1976, Montréal.
8. Déchanet, O.S.B., J.M., *El camino del Silencio*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1963.
9. *Documentation Catholique*, 54 (1972), pp. 1053-1055, Paris.
10. *Documentos del Vaticano II*, B.A.C., Madrid, 1967.
11. Fransen, S.J., Peter, *Divine Grace and Man*, The New American Library, New York, 1965.
12. Gelpi, S.J., Donald L., *Charism and Sacrament*, Paulist Press, New York, 1976.
13. de Guibert, S.J., Joseph, *Lecons de Theologie Spirituelle*, Ed. de la Revue D'Ascétique et de Mystique, Toulouse, 1946.
14. Ichazo, Oscar, *The Human Process for Enlightenment and Freedom*, Arica Institute Inc., New York, 1976.

15. Ignacio de Loyola, San, *Ejercicios Espirituales*, Ed. Apostolado de la Prensa, Madrid, 1956.
16. Johnston, S.J., William, *Silent Music. The Science of Meditation*, Harper and Row, New York, 1974.
17. Kloppenburg, O.F.M., Bonaventura, *Reflexoes Psicologico-Teológicas sobre a Fenomenologia Pentecostal*, (estudio inédito).
18. Koch, Kurt, *Ocultismo y Cura de Almas*, Ed. Clie, Barcelona, 1968.
19. Lersch, Philip, *La estructura de la personalidad*, Ed. Scientia, Barcelona, 1966.
20. Maharishi, Mahesh Yogi, *Fundamentos del Progreso*, MIU Press, Rheinweiler, 1975.
21. Moss, Thelma, *The Probability of the Impossible*, J.P. Tarcher, Los Angeles, 1974.
22. Mühlen, Heribert, *Die Erneuerung des christlichen Glaubens*, Don Bosco Verlag, München, 1976.
23. *L'Osservatore Romano*, Edición semanal en lengua española, 19 de noviembre, 1972.
24. *L'Osservatore Romano*, 20 de julio, 1975.
25. *Parapsicología, Revista de*, Centro Latino-Americano de Parapsicología (CLAP), São Paulo, N° 23, p. 27.
26. Quevedo, S.J., Oscar G., *Qué es la parapsicología*, 3ª Ed., Ed. Columba, Buenos Aires, 1969.
27. Quevedo, S.J., Oscar G., *A Face Oculta da Mente*, Edições Loyola, São Paulo, 1975.
28. Quevedo, S.J., Oscar G., *Curandeirismo: um mal ou um bem?*, Edições Loyola, São Paulo, 1976.
29. Raguin, Ives, *Caminos de contemplación*, Narcea, Madrid, 1971.
30. Rahner, S.J., Karl, *The Dynamic Element in the Church*, Herder and Herder, New York, 1964.
31. Rahner, S.J., Karl, *On the Theology of Death*, Herder and Herder, New York, 1965.
32. Rahner, S.J., Karl, *Meditaciones sobre los Ejercicios de San Ignacio*, Herder, Barcelona, 1971.
33. Rahner, S.J., Karl y Herbert Vorgrimler, *Diccionario Teológico*, Herder, Barcelona, 1966.
35. Richards, John, *But Deliver us from Evil*, The Seabury Press, New York, 1974.
36. Robinson, John A.T., *El Cuerpo. Estudio de teología paulina*, Ed. Ariel, Barcelona, 1968.

INDICE

Introducción	5
I Parte – En el campo científico	9
II Parte – Espíritus buenos y malos	21
III Parte – Carismas cristianos	35
IV Parte – Carisma y personalidad	57
<i>Apéndice: Aplicaciones prácticas</i>	75
Bibliografía	77

INDICE

Introducción	5
I Parte - En el campo científico	9
II Parte - Espíritus buenos y malos	21
III Parte - Carismas cristianos	35
IV Parte - Carisma y personalidad	57
<i>Apéndice: Aplicaciones prácticas</i>	75
Bibliografía	77

37. Stapleton, Ruth Carter, *The Gift of Inner Healing*, Word Books, Waco, 1976.
38. Suenens, Cardenal Léon Joseph, *Une nouvelle Pentecôte?*, Desclée de Brouwer, Bruxelles, 1974.
39. Suenens, Cardenal Léon Joseph y otros, *Theological and Pastoral Orientations on the Catholic Charismatic Renewal*, Word of Life, Notre Dame, 1974.
40. Tanquerey, Ad., *Précis de Theologie Ascétique et Mystique*, 7^a Ed., Desclée et Cie., Paris, 1923.
41. Terra, S.J., J.E. Martins, *Existe o diabo?*, Edições Loyola, São Paulo, 1975.
42. Tresmontant, Claude, *A study of Hebrew Thought*, Desclée, New York, 1960.